

la fibra misteriosa. Buscaba... y siempre en vano:  
¡pues no, no despertaba el corazón ya muerto!  
Mas, de aquella hermosura lo subyugó el encanto.  
De sus manos entonces cayó el acero aleve;  
y el ánimo vencido por un respeto santo,  
no profanó su cuerpo, hecho de rosa y nieve,  
y quedó absorto.

¡Oh nueva y eterna gentileza  
de la mujer!... La gracia de los hombros y el cuello  
en donde, soberana, impera la cabeza;  
la línea del excelso contorno de lo bello  
que dibujando el seno y los henchidos flancos,  
mórbida ondula, y luego va á correr embriagada  
hasta los pies gemelos, como pétalos blancos,  
en la armoniosa curva de un ánfora sagrada;  
los senos, cual dos copas, que al niño y al amante  
les brindan, amorosas, con su ambrosía tierna;  
y el creador regazo, fecundo y palpitante  
donde en vaivén perenne la humanidad alterna.  
La mujer... sensitiva que canta, llora y ama;  
arca llena de amores; hogar en que se encierra  
el fuego donde prende del porvenir la llama;  
del Arte obra maestra; sonrisa de la tierra.  
Por ella el hombre, alado, aspiró hasta la altura,  
y su frente besaron los soplos ideales;  
y en desbordante copa que ella le tiende, apura,  
para calmar la fiebre de sus divinos males,  
ausente de la patria de vaga remembranza—  
el licor delicioso de ventura y olvido,  
y le habla en un ignoto lenguaje de esperanza,  
y encamina sus pasos hacia el edén perdido;  
él, como á su ángel bueno, extasiado la escucha,  
y la palma conquista que ambicionó el deseo;  
y rendidas las fuerzas en la implacable lucha,  
el coraje, al tocarla, recobra como Anteo.  
Materna y compasiva, templó sus desventuras;  
el prodigio viviente de la creación resume:  
los heroísmos todos y todas las ternuras,  
y es bálsamo, y ensueño, y cántico, y perfume.

\*

Y en aquella cabeza que, helada, se dormía  
como en mullida almohada sobre sus blondos rizos,  
se advertía la honda, mortal melancolía  
de lo que tuvo vida, pero que ya no existe,  
y cual funérea sombra cubría sus hechizos.  
Por sus labios erraba tenue sonrisa triste.  
Y con lágrimas puras—quizá postrera ofrenda,—  
quedaron ateridas en sus hermosos ojos.  
Tal vez de la existencia por la azarosa senda  
no holló, al pasar, las flores y sólo los abrojos,  
y el sol de amor, de eternas fulguraciones vivas  
que enciende el universo y hechiza lo que toca,  
no penetró en su pecho: las rientes perspectivas  
del país de los sueños no le alumbró; en su boca  
jamás la mariposa de amores llegó acaso  
á posarse, con tiernos ardores de paloma;  
su corazón, guardando como en cerrado vaso  
la peregrina esencia con su divino aroma,  
no conoció el dichoso delirio que enajena  
y sublima; sus brazos plegados castamente,  
alma cual honda virgen de nitidez serena—  
nunca quizá se unieron en el abrazo ardiente.

\*

Absorto y conmovido, tal meditaba el sabio,  
en tanto que ascendían de su ánima suspensa  
afectos misteriosos á estremecer su labio.  
Su sér sintió invadido por compasión inmensa  
hacia la bella extinta. Fuera de sí, convulso,  
besó su boca.

Al punto, ¡oh Amor que maravillas!

El corazón, ya helado, vibró con nuevo impulso;  
las lágrimas entonces surcaron sus mejillas;  
sus brazos se enarcaron en pálida corona;  
sus párpados se abrieron; siguió el raudal su giro;  
y como el ave libre que su preludio entona  
después de larga noche, de amor estremecida,  
brotando de su pecho dulcísimo suspiro,  
le devolvió su beso y renació á la vida.



Antonio Borquez Solar

ANTONIO BORQUEZ SOLAR

Ha colaborado en «Pluma y Lápiz,» «La Ley,» «El Ferrocarril,» etc. Autor de «Campo lírico,» «Del dolor del Quijote» y «La floresta de los leones.» En la anunciación de este su último libro lírico, dice: «Hoy en la lengua de mi lira soy el intérprete de los dolores de los pobres; de esas grandes tristezas, protestas y resignaciones del pueblo, eternamente explotado, vilipendiado há cuarenta siglos... He ido á empaparme mucho en la hiel y vinagre de allá abajo; y en nombre del Bien y de la Justicia quiero romper la molicie de los poderosos con el eco de este clamor, que viene agigantándose poco á poco, y que bien pudiera ser que se oyera con el estampido terrible de la trompeta del Juicio Ultimo... Los que hayan sabido alguna vez del sufrimiento, los que sean como yo hombres de dolor, atestiguarán que mi verso es voz de verdad... Y ojalá que al oirla los felices hagan prender en su corazón una santa llama, y hagan como Aquel que vino á poner fuego al mundo por los cuatro costados: *Fuego de Amor.*»

Prepara actualmente «Canciones del Cielo, de la Tierra y del Mar,» obra que está destinada á cantar á Chiloé—nos decía últimamente,—al Archipiélago, desde la nube, hasta la espuma del mar y hasta la brizna de hierba que los vientos impelen.»

CARTA DE LA ISLA

Mi buena madre me escribe.  
¿Qué me dirá?  
—Que sin mí muy sola vive,  
diez años muy largos ya...

«—Triste es mi vida. ¡Qué amarga,  
desde que murió tu padre!»  
(¡Qué «via crucis» tan larga  
la que va mi santa madre!)

»De entonces mi hogar vacío  
es un viejo Campo-Santo  
muy lóbrego, solo y frío,  
que entristece más mi llanto.

»En el jardín ya no hay flores,  
en tus jaulas no hay jilgueros:  
ya murieron los cantores,  
tus alegres prisioneros.

»A veces la golondrina  
labra un nido en la terraza.  
Triste el ave peregrina  
vive un tiempo; vive y pasa.

»Mi cabello ya blanquea  
y sufro hasta cuando duermo;  
nada mi ánimo recrea,  
mi corazón ya está enfermo.

»En las tardes nebulosas,  
cuando la mar soliloquia  
hablando de muchas cosas,  
y en la lejana parroquia  
vibra el «Angelus» doliente  
sus pausadas dulces arias  
inclino mi mustia frente  
dando al cielo mis plegarias.

»Por ti, por tus dos hermanos,  
ausentes mis dos pequeños  
que están allá muy lejanos,  
que yo abrazo hasta en mis sueños.

»Cuando airado el viento zumba  
á la débil luz escasa

de la tarde, una tumba  
me parece que es mi casa...

»¡Ah! ¡por qué no sois los niños  
que alborotabais traviesos,  
de albas frentes como armiños  
donde yo estampé mis besos!

»Como estas noches de junio,  
tan frías y tan oscuras,  
son mis días de infortunio,  
son mis horas de amargura...

»Sólo mitigan mi llanto  
en mis penas infinitas,  
cuando sufro tanto, ¡tanto!  
tus dos buenas hermanitas.»

Muy triste seguir leyendo  
hasta llegar al final,  
sintiendo que me iba hundiendo  
en mi garganta un puñal,  
pensando que aunque zozobre  
el mundo de angustias lleno  
ni habrá un Dios para el que es pobre  
ni habrá un Dios para el que es bueno.

BEAUCHEF

Yo he pisado la tierra de Mocopulle, toda  
la pampa que es como la herradura de un corcel,  
gigantesca herradura que cumplirá cien años  
que amamantó con sangre su bosque de laurel.

Ahí los vientos cimbran sus vuelos aquilinos  
y cada tronco lleva escrito un nombre: «¡Beauchef!»

Evocando sus glorias á él mismo yo lo he visto  
sobre su buen corcel.

Mis ojos desmesuradamente abiertos, firmes  
se han quedado sobre él...

Su refulgente espada traza al aire una rúbrica.  
«¡Libertad!» ha escrito, (y el aire es el papel.)

En su tricornio tiene un penacho y un águila,

(es imperial tal vez.)

Los cascos del caballo los macula la sangre  
de los que le pagaron la rota de Bailén.

Soberano es el gesto

con que manda Beauchef.

Me parece que escucho su voz entre los hurras  
con que á la bayoneta rugiendo va el tropel.

Una tempestad oye

que dice: ¡Viva el Rey!

A vencer la tempestad avanza la montaña,  
y la montaña es él.

Los arcabuces ladran y sus lenguas de fuego  
rojas aureolas ponen al bosque de laurel  
y entre horrores y sangre  
trotando va Beauchef...

\*

¡Ah! no le bastan todos tus millares de glorias,  
Libertador; anhelas un triunfo en Chiloé.  
Es que sabes que tu esfuerzo tiene que ser homérico  
contra un puñado de héroes altivos como aquél.

Y fuiste el rayo, el trueno, la flamígera espada,  
el valor sobre todos, voz y brazo á la vez,  
forjador de la muerte, manantial de la sangre  
de todas tus legiones la bandera y el broquel.

Nadie tuvo tu empuje, tu regia gallardía,  
tus cóleras francesas, tu chilena altivez.

\*

Después de tu victoria la pampa Mocupulle  
toda llena de sangre, sin odios y sin hiel,  
con el azul del río y el blanco de las nubes  
formó con el chileno tu tricolor también.

Y te nacieron alas como dos resplandores  
sobre tu férrea espalda de paladín francés.

#### EL CUCHILLO

Tengo un viejo cuchillo lobero,  
cuchillo de historia,

que al verlo mohoso no sé por qué infiero  
que en antiguas edades de gloria  
yo fuí su salvaje y audaz compañero.

Que los dos por las Islas nos fuimos,  
de Castro á los Chonos,  
rompiendo los bosques, hundiendo los limos;  
que burlando del mar los enconos  
triumfantes de todos los reyes nos vimos.

Me parece que aun lo tremola  
mi mano siniestra,  
que lo hundo hasta el mango peleando en la ola  
con el lobo que herido me muestra  
sangrientos su pecho, su vientre y su cola.

Que con él yo les quito la vida  
á diez blancas focas  
que vienen del Polo en fantástica huída,  
que les rajo de un golpe las bocas  
y senos al darles mi recia embestida.

Y que lanzo clamores salvajes  
que el eco dilata,  
yo el rey primitivo de aquellos parajes,  
mientras pasa la gris cabalgata  
del Viento que rige sus rudos sendajes.

#### RESURRECCIÓN

##### I

El placer doloroso de las cosas  
felices que murieron y se quieren  
con ansias infinitas, ese tengo.  
Y con mi gesto de dolor me inclino  
sobre las cartas y las flores mustias  
que guarda al fondo mi cajón de pino.  
El placer doloroso de las cosas  
felices que murieron y se quieren...!  
Parece que mis labios se mojaran  
con el acre sabor de un acre vino.

¡Si parece mentira que estuviera  
todo marchito y para siempre muerto!  
Pero aun mis cabellos no blanquean.  
Mi bravo corazón golpea fuerte  
en un hervor de vida; en oleadas  
yo siento borbotar mi rica sangre.  
¿Por qué os fuisteis vosotras?... Mis amadas,  
dejaron una luz en mi memoria  
y en mi alma el hierro de las siete espadas!

II

¡El placer doloroso de las cosas  
felices que murieron y se quieren!...  
Rosa, sal del sepulcro, yo te quiero  
envidiada de todos, pura y bella,  
sin que tus ojos sobre mí se posen,  
desdeñosa y altiva en tus quince años.  
Tú la primera me dijiste al verte  
la atracción de tu sexo; me hiciste hombre  
y llenaste mis noches y mis días  
de ambiciones, de sueños y quimeras  
y de melancolías.

III

Parece que mis labios se mojaran  
con el acre sabor de un acre vino!...  
¿Qué nombres tienes arrugada carta?...  
Etelvina... eres tú, dulce Etelvina.  
¡Cómo eras de pequeña y de divina,  
de adorable y maligna! La primera  
que me enterró el puñal de su mentira.  
Que lágrimas lloré, dulce Etelvina  
la primera de amor, que no de odio.  
¡Hacen también llorar unas violetas  
que disimulan el puñal de Harmodio!

IV

¡Oh lo que guarda mi cajón de pino!  
Unas cartas y flores, una estampa...

¡Este sí que es mi más amargo vino!  
Angela, todo es tuyo. ¿No te acuerdas?  
¿Al besar á tus hijos no te acuerdas  
de aquellas tardes que pasamos juntos,  
de aquellos días que bañaba el oro  
de nuestra adolescencia? Mira, dime:  
¿no hay algo en tí que se remueva y llore  
cuando volviendo atrás, hacia el pasado,  
al dar mis labios tu anhelante beso  
ves que fué dulce ese primer pecado?  
¡Cuánto temblabas tú! ¡Cuánto temblaba  
yo también, por un beso solamente!  
Es que era un beso de pasión y dudas.  
Es que á través de diez y nueve siglos  
tú preñabas la traición de Judas!

V

¡Si parece mentira que estuviera  
todo marchito y para siempre muerto!  
Julia, Julia. Mi prima. ¿Cómo pude  
amar otras mujeres? Sangre mía,  
noble sangre huilliche y española.  
En su rostro la nieve competía  
con el suave rubor de la amapola.  
En la mañana por los campos íbamos  
riendo á gritos y cortando flores;  
al oír nuestra loca algarabía  
los pájaros callaban en los árboles.  
Le tomaba la mano, la apretaba,  
daba un chillido y se ponía roja,  
un mohín en sus labios y paría  
con su cabello suelto que flameaba  
al desgaire; su túnica muy corta  
me mostraba su gruesa pantorrilla,  
tan gruesa y bella con su media negra,  
dura como jamás he visto alguna,  
cuyo recuerdo á mi pesar me alegra...  
Si parece mentira que estuvieras  
¡oh! ¡novia de mi alma, bajo tierra!  
Como una palomita tú te fuiste;  
yo como el águila soberbia subo

á conquistar el sol... Sobre tu tumba,  
sobre los brazos de tu blanca cruz,  
que canten los jilgueros insulares  
y haya un perpetuo resplandor de luz.

VI

¿Por qué os fuisteis vosotras? ¡Mis amadas  
dejaron un fulgor en mi memoria  
y en mi alma el hierro de las siete espadas!  
Ya lejos de mi tierra y de mis mares  
te encuentro á ti, mujer, radiante y bella.  
Tú has sido, Clementina, en mi camino  
la guiadora y peregrina estrella;  
tú pusiste en mis manos esta lira,  
tú me enseñaste á ambicionar la gloria,  
me olvidaste después; yo te perdono,  
que sé que al fin no fué la culpa tuya;  
que tú sabías que era un rey sin trono.

VII

¡Y vosotras, divinas y profanas,  
salid del fondo del cajón de pino!  
Yo adoré vuestras manos, vuestros senos,  
el lánguido mirar en vuestros ojos  
la mordedura aleve en vuestros besos,  
en el cansancio del placer gustado,  
el temblor lujurioso en vuestro cuerpo,  
vuestras ágiles manos silenciosas  
jugando con mi barba nazarena.  
Fuisteis siquiera unos momentos mías  
de cuerpo y alma, porque yo era el hombre!  
Supe haceros vibrar como una cuerda  
que pulsara un artista diligente  
y en vuestra sed de amar nunca encontrasteis  
exhausta ó tibia de mi amor la fuente...

VIII

¡Y todo ya ha pasado! ¡Si parece  
que lo hubiera soñado solamente!

¡Y nadie me ama ya! Y yo que tengo  
desparramándose de amor mi fuente!  
En un hervor de vida, en oleadas  
yo siento borbolar mi rica sangre.  
Y aun no llega mi inmortal varona,  
esa que aguardo, tantos años solo,  
como una gran walkiria que tuviera  
el moreno rubor de una amazona.

El placer doloroso de las cosas  
felices, que murieron y se quieren  
con ansias infinitas, ese tengo!

RICARDO PRIETO MOLINA

ANTIFONA

Dame tu corazón de adormidera,  
pálida flor de pétalos vejados,  
lirio marchito de corola enferma.

Quiero tu triste amor... pobre violeta  
ultrajada... Las hieles de tu alma  
recogeré en la copa de mis penas.

Alza tu frente-alcázar de impurezas  
en donde anhela mi candente labio  
dejar el nimbo de una azul estrella.

Dame tu alma de obscura Magdalena,  
salvada, como virgen fugitiva,  
del horrendo vaivén de tus miserias.

Como lánguido junco, tu cabeza  
sobre mi pecho dulcemente inclina,  
que dieron su sabor,—sobre mis labios...

Posa tu labio—como dos cerezas  
y enjugaré tus lágrimas acerbas.  
y huirán las tristes mariposas negras.

Dame tus brazos—mórbidas culebras  
que anudarán mi cuerpo.—Y con mis besos  
consagraré tu carne de azucenas.

EN EL MISTERIO

¡Sé mi bella visión desconocida!...  
Oculta en el misterio impenetrable  
de tu alma extraña, el adorado enigma.

¡No me des el secreto de tu vida!  
Sé mi esfinge callada... quiero amarte  
sin comprenderte, como á diosa egipcia.

Déjame penetrar solo á escondidas  
á la bóveda obscura de tu alma,  
como á iglesia sin luz, que está vacía.

Y oraré solitario y de rodillas  
ante tu imagen—pálida y severa,—  
con sagrado temor de cenobita.

¡No ilumines el templo!... Volaría  
mi tímida ilusión... como paloma  
del campanario, al repicar la misa.



DIEGO DUBLE URRUTIA

Nació en 1877. Autor de «Veinte años» y «Del mar á la montaña,» últimamente reimpresos por la Casa Garnier, en un solo volumen. Salvador Rueda ha juzgado así su obra: «Pocas veces he visto en un poeta americano como en Dublé Urrutia, cantar su tierra, sus mares, sus montañas, sus labriegos, su propia patria en suma. Falta hacía que se empezase á crear la literatura americana con carácter propio é independiente. No bastaba lo indicado por Andrade y otros; hacía falta que Dublé Urrutia siguiera echando los sillares para levantar el palacio.»

EL CARACOL

Cuando la brisa barría apenas  
las nieblas grises de la mañana  
y al arrastrarse por las arenas  
con sus espumas como azucenas  
jugaba, en sueños, la mar cercana,  
junto á la choza de sus mayores  
se despidieron los pescadores.

La bruma triste los envolvía:  
ella gemía: ¿qué haré yo ahora?...  
Y una gaviota revoladora  
oyó al marino que le decía  
que era su virgen, su pescadora,  
que no llorara, que volvería...

Y como urgiera ya el tiempo: «toma  
—le dijo el mozo,—ya el viento asoma,

la gente sale, ya viene el sol...»  
Y recogiendo del agua clara  
que entre las rocas la mar dejara,  
más armiñado que una paloma  
puso en sus manos un caracol:

«Que él te recuerde lo que te quiero,  
que oigas mis quejas en sus rumores;  
de cierto vale poco dinero  
pues que son pobres nuestros amores,  
pero es eterno su rumor suave,  
y aunque es humilde su labio sabe  
de los remotos mares bravíos  
y de los mundos que voy á andar,  
más que tus padres y que los míos  
y más que el viento que habita el mar...»

Ambos lloraron: un ave inquieta  
graznó sobre ellos; el humo lento  
de las chozuelas de la caleta  
blanqueaba apenas; como un aliento;  
y bajo el cielo más transparente,  
tras la fortuna que se ama en vano,  
partió el navío, rumbo á Occidente,  
sobre el inmenso y augusto oceano.

Y cuenta el viento que desde aquella  
mañana triste, ¡fatal mañana!  
acariciada por la doncella  
la humilde concha de porcelana,  
le habló en su lengua de rumores  
de viajes locos, de pechos fieles,  
de memoranzas y devaneos  
junto á la borda de los bajeles,  
de aves errantes que van á pares  
buscando albergue sobre los mares,  
de tempestades y de ciclones  
y de esos tristes besos perdidos  
que van con rumbos desconocidos  
bajo las altas constelaciones...

Y el tiempo vino, silente y grave,

siguiendo siempre su ruta ciega,  
con el misterio de aquella nave  
que en una extraña canción noruega  
lleva invisible su casco lento  
bajo las brumas del mundo aquí,  
siempre azotada de un mismo viento  
con un fantasma por timonel...

Y con los años la niña hermosa  
cuya frescura ya ajaban canas,  
mirando al agua desde una choza,  
vió marchitarse la tinta rosa  
de sus mejillas, antes lozanas...  
Aun no clareaba detrás del monte  
y ya copiaban el horizonte  
sus grandes ojos color de mar;  
y en ellos iban las golondrinas  
en sus revuelos de peregrinas,  
á ver las barcas ultramarinas  
que en lontananza solían cruzar.

Y siempre, siempre la suspirante  
y humilde prenda de amor, seguía  
contando historias del nauta errante  
llenas de inmensa melancolía:  
ya eran nostalgias desconsoladas  
en lo infinito del mar lloradas,  
noches de nieve que el viento azota,  
miserias y hambres en tierra ignota;  
triste cortejo que siempre avanza  
por esas rutas en que sus huellas  
deja, guiada por las estrellas  
la banda loca de la esperanza.

Y el tiempo alado siguió en su vuelo,  
y en sus mudanzas siguió la mar,  
y al campo santo más de un abuelo  
en la caleta fué á descansar:  
siempre escuchando la voz lejana  
la pescadora tornóse anciana;  
barcos ignotos aves de paso  
ya del oriente, ya del ocaso

la mar surcaban cada mañana;  
sólo aquel loco bajel risueño  
que al occidente partiera un día  
tras la fortuna, que es sólo un sueño,  
en lontananza no aparecía.

Y de la concha susurradora  
la amable historia, doliente asaz,  
seguía oyendo la pescadora  
vaga y distante cada vez más;  
la sombra triste de otros amores  
cruzaba á veces por sus rumores;  
hasta que un día trajo el destino,  
con los clamores de un torbellino  
y entre infinitos ecos perdida,  
la última queja del peregrino  
sobre una roca desconocida...  
Y entre las brumas de la mañana  
de un taciturno día de invierno,  
sobre cuatro hombros subió la anciana,  
vuelta hacia el cielo la frente cana,  
por las colinas del sueño eterno.

Dejó la tierra como paloma  
que abandonada, su alero deja  
y errante sigue de loma en loma  
tras del amado que se le aleja...  
Le dió la tumba refugio blando  
y allí á su lado siguióle hablando  
junto á los mares, el caracol,  
del sueño eterno, la eterna espera,  
y de ese humano vivir soñando  
sola y distante dicha sincera  
que el hombre alcanza y alumbrá el sol.

LAS MINAS

I

Ante el eterno y vago rumor de las mareas  
australes, bajo un cielo que enormes chimeneas  
mantiene siempre obscuro y en la ribera en donde

bajo las verdes ondas el Nahuelbuta esconde  
sus ya domadas cuestras occidentales, medra  
la tierra en cuyo seno vive el carbón de piedra  
bajo nacientes bosques de resinosos pinos  
exóticos, en donde filones submarinos,  
y hasta en el fondo mismo del mar, de cuyas aguas  
lo extraen los rastrillos para encender las fraguas  
y los fogones pobres.

Cuando los estivales  
meses la costa alegran, llegan los temporales  
para aquel mar; los vientos del sur sobre las rocas  
empujan las oladas rugientes y las locas  
espumas, levantando su risueña blancura  
hasta los mismos árboles, sobre la tinta oscura  
de los ramajes posan su lividez de nieve.  
Luego viene el invierno. Llega la niebla. Llueve,  
y alto, sobre los verdes cerros de la ribera  
pasan la ventolina sin que la más ligera  
ondulación enturbie los trémulos cristales  
del mar. Entonces bajan las lianas invernales  
á acariciar su imagen sobre las aguas. Chilla  
la pálida gaviota pescando por la orilla,  
y en la tranquila borda de algún lanchón posados  
meditan, largamente, los cuervos enlutados,  
mientras que allá en la altura cruzan con vuelo lento  
las nubes, en rebaños, arreadas por el viento.  
Pero ni el sol, ni el aire, ni las heladas brumas  
de los meses de invierno, ni el mar con sus espumas  
blanquísimas sonríen para los pobladores  
de aquellas tierras hartas de brisas y de flores;  
hombres descoloridos y adolescentes, viejos  
antes de tiempo, viven en aquel mundo, lejos  
de toda luz, en lo hondo de las oscuras minas,  
á rastras y arañando sin fe, con sus felinas  
uñas, la virgen roca donde el carbón se encierra...  
rasgando, tristemente, los senos insalubres  
de esta fecunda madre que se llama la tierra,  
madre con tantos hijos y con tan pocas ubres!...

II

Es triste y miserable, como la muerte triste la vida de las minas: el hombre allí no existe; la pobre bestia humana gastada y sudorosa, arrastra allí sus miembros entre la luz dudosa de míseros candiles, como cualquier gusano... El hombre es en las minas un simulacro humano. No es aire el vagabundo bostezo que en las frías labores olvidadas y ardientes galerías pesadamente flota, sacando los sudores más acres de los cuerpos de aquellos luchadores de las tinieblas; de esos humanos desperdicios que viven encorvados al peso de mil vicios y pasiones ajenas, porque para los hombres aun no ha llegado el brazo que probará que hay nombres y hombres, y hará sin vanos egoísmos sin utopías cargar á cada uno con sus miserias propias. Pero en las hondas minas no alienta esa esperanza la estrella anunciadora del nuevo albor, no alcanza con sus risueños rayos á calentar la pena de aquel oscuro siervo que ignora su cadena. Alguna vez, la bestia, cansada de tan cruento dolor, despierta y pide, con el ruidoso acento de las revueltas locas que encienden las angustias, y un pan de blanco trigo para sus fauces mustias. Y ruge, pero entonces, ¡oh justa y santa mengua! el plomo ó la metralla le destrozan la lengua y acaso un calabozo sin luz ni amor, en nombre de los amables dioses ó de la paz del hombre, sepulta para siempre bajo su techo helado hasta el clamor sin eco del que pidió un bocado!



OSCAR SEPULVEDA

EN LA ORGÍA...

Un místico lirio floreció en mi pecho de castas purezas y blancuras hecho, un lirio de nieve, flor de primavera que las almas brotan en su edad primera, delicado y santo príncipe gemelo de las luminosas princesas del cielo, mago incomprensible de dulces hechizos, prístino perfume de los paraísos...

Los soles de estío con ardientes rayos, con su beso frío la escarcha de Mayo, cayeron más tarde sobre el alma mía donde el misterioso lirio florecía, y así fué muriendo paulatinamente mi lirio inocente, príncipe gemelo de las luminosas princesas del cielo... Y desde su muerte mi pobre alma triste solitaria y huérfana, negro luto viste...

Bebamos entonces de este rojo vino por las almas-tumbas, por su mal divino, por las esperanzas y los lirios muertos y por los altares del amor, desiertos...

Brindemos entonces lúgubres canciones á las encantadas mágicas visiones que las bohardillas tristes y haraposas

inundan de tintas azules y rosas;  
que en los muros cuelgan felpadas cortinas  
y esparcen al aire luces opalinas;  
que en sueños perfuman los míseros lechos  
con el ritmo cálido de sus blancos pechos,  
y al venir el alba, los dejan vacíos,  
como siempre solos, como siempre fríos,  
sus ligeras alas á los aires dando:  
raudas mariposas que se van volando...

Bebamos, entonces, brindando al mañana  
la amarga y siniestra copa byroneana;  
cantando, si al alma ni una flor le queda,  
los sangrientos versos que cantó Espronceda.

Así atormentado por horrible hastío  
brindaba una noche negramente bella,  
cuando desde un cielo remoto y sombrío  
luciendo llorosa diamantina estrella,  
bañó con sus rayos compasivamente  
la palidez honda de mi mustia frente...  
Eran sus fulgores rayos de bonanza,  
llanto que vertía mi pobre Esperanza  
y que yo he guardado con adoración  
en lo más profundo de mi corazón.

BLANCO Y ROJO

Aquel verso era dulce  
como el trino de un ave,  
y al decirlo el poeta  
hiciéronle las gentes cruel desaire.  
(Era escrito aquel verso  
con la pluma de un ángel...)

Entonces, el poeta  
dijo un verso de angustias... sollozante...  
y esta vez, conmovidas...  
le rindieron las gentes, homenaje.

¡Era ese triste verso  
una gota de sangre!...



T. Contreras

FRANCISCO CONTRERAS

Nació en 1877. Ha colaborado en «Pluma y Lápiz,» «Zig-Zag» y «El Nuevo Mercurio.» Autor de «Esmaltines,» «Raúl,» «Toisón,» «Romances de hoy y Los Modernos.» En un acabado estudio sobre «El arte de hoy,» dice: «Hace algunos años, el ambiente de ideas ha sufrido una transformación radical. La conciencia de un refinamiento generalmente mórbido ó artificioso; la inminencia del problema social, cada día más arduo é interesante, ó acaso, sencillamente, el espíritu de reacción contra un orden que ha hecho su época, ha llevado á la juventud de hoy al amor sano de la naturaleza, al estudio severo de la humanidad, á la altitud de los sentimientos, al anhelo por la sinceridad, á la vida. Y un nuevo movimiento se ha iniciado en el arte. Sucesor, si no heredero de la corriente simbolista que ha dominado el último cuarto del pasado siglo, de ella ha tomado lo que hay en su obra de auténticamente progresivo, independiente al medio. Esto es, la idea de la Libertad (desdén por los cánones y los arquetipos,) y el sentimiento de la Renovación (aspiración á nuevas formas y modos de expresión).»

ENCANTO DE LAS LLUVIAS

Llueve, llueve, llueve, llueve, sin quebranto.  
Y del agua trémula á través del velo  
se divisa el campo, se divisa el cielo,  
como un rostro pálido á través del llanto.

¡Oh, qué misterioso, qué inefable encanto  
ponen las borrascas en mi desconsuelo!

Pienso, pienso, pienso, y ardoroso vuelo  
hacia aquellos días que he querido tanto!

Pienso en tí, graciosa rosa de inocencia,  
azulado ensueño de mi adolescencia,  
que encendiste en mi alma la ilusión de fuego.

Y en la vaga sombra de mi cruel retiro  
suspirar te siento, sonreír te miro...  
Mientras llueve, llueve, llueve sin sosiego.

#### EL TURCO

Sentado en un escaño, sentado en la Alameda,  
la pipa entre los dientes, el pobre viejo está,  
en tanto la azulosa neblina lenta y queda  
de los escuetos árboles colgándose va ya.

Es turco. Es de Estambul. (El rojo fez le queda.)  
Vendiendo baratijas se vino desde allá.  
Mas hoy está arruinado; su kiosco de oro y seda  
diezmóle con el fuego la cólera de Alá.

Medita. Bajo el humo de su pipa moruna,  
medita transportándose... ¡oh sueños de fortuna!  
Bazares de Damasco, tesoros de Almanzor...

Y rápida la niebla más fúnebre y silente  
reduce el horizonte... Y más profundamente  
se hunde el pobre viejo en su íntimo dolor.

#### CARNE TRISTE

¡Pobre tísica! en la incierta  
sombra que mis sueños viste  
te alzas sobre mi alma yerta,  
en tu bata azul y triste.

Sangra entre tus labios blancos  
cruel sonrisa de desvío;  
y se estremecen tus flancos  
en nervioso escalofrío.

A tus pies yace quebrada  
la copa en la cual bebiste.  
Y está por siempre manchada  
tu túnica azul y triste.

En tus ojos sin destello  
no hay una gota de lloro;  
y se te eriza el cabello  
como una cauda de oro.

Y en las sombras honda y anchas  
pasa el dolor que te embiste...  
Y yo persigo las manchas  
de tu bata azul y triste.

#### LAS CRISANTEMAS

En desmesuradas yemas,  
sobre los tallos entecos,  
en los parterres ya secos  
se esponjan las crisantemas.

Flores raras, son emblemas  
del arte de nuevos ecos  
amantes de orlas y flecos  
y de rarezas supremas.

Exóticas y hieráticas,  
como princesas asiáticas,  
pues que son raras, son bellas.

Prendidas entre los rasos,  
ó abiertas sobre los vasos,  
como monstruosas estrellas.

#### ESTADO DE ALMA

Negra nube de angustia y hastío  
pasa lenta y tenaz por mi frente.  
Ya no es mío el ensueño ferviente,  
ya no es mío el amor, ya no es mío!

Bajo el pálido gris del vacío,  
melancólico, enfermo, doliente,  
siento frío de tedio mordiente,  
siento frío de horror, siento frío!

La existencia á mi vista se viste  
como ocaso invernal plúmbeo y triste,  
sin un solo relámpago de oro.

Ya no escucho la voz sacrosanta  
de la buena canción que levanta;  
ya no lloro, no lloro, no lloro!



Manuel Magallanes Moure

MANUEL MAGALLANES MOURE

Buen poeta y excelente crítico. «No es musa la suya que adolezca—ni que siquiera pretenda un ensayo por el camino pretencioso de la mayoría de nuestros versaineros atumultados,—de ser atronante ó filosófica, con clarinadas que resultan ridículas calcando á Díaz Mirón, ó con majestuosidades que resultan difusas jorobas calcando á Hugo, ni de ser un artífice amarquesado del verso, hurtando encajes y galones á Darío. Magallanes Moure acusa encuadrar sus impresiones en el verso, tal cual las siente, sin arañar efectos ni molduras en ajenos trigos. Y, así, en su manera de presentarse, es real, es muy suyo, es sincero.» Ha publicado «Facetas» y «Matices.»

LOS BUEYES

*Væ victis!*

Van con su lento andar; estremecidas  
las musculosas testas bruscamente  
bajo el yugo oprobioso; las enormes  
pupilas en las órbitas se mueven  
con una triste lentitud y nada  
pone viveza en ellas: permanecen  
clavadas en el suelo y nada miran  
sino la senda misma y nada advierten  
sino el tropiezo próximo: ellos saben  
cuán dolorosa es la caída siempre  
y como aumenta ese dolor el hierro  
de la aguzada pica introduciéndose  
en su trémula carne atormentada.

De los hocicos jadeantes penden  
brillantes hilos que en el blanco polvo  
trazan complejas curvas, que parecen  
los misteriosos signos con que escriben  
estos desheredados de la suerte,  
en la página inmensa del camino,  
la sombra odiosa de sus crueles  
marchas interminables, á lo largo  
de una ruta sin fin.

Los tardos buyes  
son los esclavos del trabajo: nunca  
sus formidables miembros estremece  
la conmoción del goce, ni el espasmo  
de la pasión ni el súbito deleite  
del ardoroso amor.

Ellos ignoran  
todo lo que es placer y no apetecen  
sino un puñado mísero de pasto  
para calmar el hambre de sus vientres.  
No juegan: el dolor los tomó graves.  
No retozan: están muy tristes siempre.

Cuando al clarear el alba los pastores  
conducen el ganado al campo verde,  
los ternillos brincan de alegría,  
los potros riñen amorosamente  
con las jóvenes yeguas, las ovejas  
—que miran como miran las mujeres,—  
van en nutridos grupos jugueteando  
por la empinada senda hasta perderse  
tras la silueta de una loma, sólo  
los pensativos, los adustos buyes  
andan con lento andar, las poderosas  
cabezas inclinadas tristemente,  
como si aun pesara sobre ellas  
el humillante yugo.

Cuantas veces  
con mirar resignado contemplaron  
sus cansadas pupilas á la tenue  
claridad del crepúsculo, el idilio  
de un bravo toro, lleno de altiveces,

con una mansa ternerilla joven  
de ancas llenas, redondas y lucentes...

Y ellos no aman ya... Son los eunucos  
que en el harén del campo languidecen  
mirando las caricias que se hacen  
el sultán de las bravas altiveces  
y la sultana de ancas opulentas.

A veces lucen sus pupilas breves  
relámpago ardoroso...

!Acaso olvidan  
su triste condición! Quizá recuerden  
el luminoso tiempo en que ellos fueron  
también sultanes del harén campestre...

Pero es sólo un relámpago y bien pronto  
se extingue; entonces sus miradas vuelven  
á ser dulces, suaves, resignadas.  
Entonces sus pupilas nuevamente  
giran con grave lentitud y nada  
pone viveza en ellas: permanecen  
clavadas en el suelo y nada miran,  
nada ven, nada observan, nada advierten.

Echados á la sombra de algún álamo  
cuya elevada ramazón se yergue  
en mitad del potrero, á esa hora  
en que el florido campo se adormece  
bajo la gran mirada abrasadora  
del fecundante sol, indiferentes  
á cuanto les rodea, sacudiendo  
la sucia piel, á fin de que se vuelen  
las moscas agrupadas en las lacras  
que les hicieran los pinchazos crueles  
de la ferrada pica; restregando  
las enormes mandíbulas que muelen  
el pasto no ruminado en la mañana,  
caídas las orejas, como imbeciles  
ahí están los esclavos del trabajo,  
los eunucos del harén campestre,

los que no aman, ni juegan, ni retozan,  
los graves, los adustos, los que siempre  
tristes están pensando en los idilios  
de las tardes rosadas...

¡Oh los bueyes!

SOBREMESA ALEGRE

La viejecita ríe como una muchachuela  
contándonos la historia de sus días más bellos.  
Dice la viejecita: «¡Oh qué tiempos aquéllos  
cuando yo enamoraba á ocultas de la abuela.»

La viejecita ríe como una picaruela  
y en sus ojillos brincan maliciosos destellos.  
¡Qué bien luce la plata de sus blancos cabellos  
sobre la tez rugosa de color de canela!

La viejecita olvida todo cuanto la agobia  
y ríen las arrugas de su cara bendita,  
y corren por su cuerpo deliciosos temblores...

Y mi novia me mira y yo miro á mi novia,  
y reímos, reímos... mientras la viejecita  
nos refiere la historia blanca de sus amores.

EL BARCO VIEJO

Allá en aquel paraje solitario del puerto  
se mece el viejo barco á compás de las ondas  
que tejen y destejen sus armiñadas blondas  
en rededor del casco roñoso y entreabierto.

De la averiada proa cuelga un cable cubierto  
se mece el viejo barco á compás de las ondas,  
de los peces, clavando sus pupilas redondas  
en el barco, que flota como un cetáceo muerto.

Y el barco que fué un barco de los que van á Europa,  
y que era todo un barco de la proa á la popa,  
ahora que está inválido y hecho un sucio pontón,

Sus amarras sacude, y rechina, y se queja  
cuando ve que otro barco mar adentro se aleja,  
mecido por las olas en blanda oscilación.

ALBERTO MAURET CAAMAÑO

CONFIDENCIAS

Esta loca pasión me causa miedo;  
pues, á tu lado, de placer me ofusco;  
te quisiera olvidar... pero no puedo,  
y te amo siempre, y con afán te busco.

¡Cómo contemplo, en mi fervor amante,  
de tu mirar divino á los destellos,  
la dulce palidez de tu semblante  
bajo la obscuridad de tus cabellos!

¡Cómo soñando el alma se consume  
de una emoción al inefable goce!  
¡Cuánta embriaguez oculta tu perfume!  
¡Cómo electriza tu divino roce!...

Pasas... y el ruiseñor de cantar cesa,  
te dan su aroma las fragantes flores,  
en un rayo de luz el sol te besa  
y te murmura el aura sus amores.

Pasas... y al punto por besar tus huellas,  
se inclina tierno y dócil el ramaje;  
te llaman desde el cielo las estrellas  
y el mar suspende su rumor salvaje.

Pasas... y el alma de embriaguez se queja,  
y te acaricia con delicia extraña